



## SEGUNDA PARTE.

### CAPITULO VI.

#### EL OBRERISMO REVOLUCIONARIO.

PRIMERA MANIFESTACION DEL  
SOCIALISMO, DESPUES DEL TRIUNFO  
DE LA REVOLUCION AGRARISTA.



UESTRA reciente revolución agrarista, como todas las revoluciones anteriores, desde la Independencia, tuvo como causa inherente y principal esa falta de pueblo libre, a quien encomendar el juego de la política democrática; y tuvo como causa determinante e inmediata el cansancio que produjo en el país la larga dictadura del General Díaz, y el disgusto que a la larga llegó a crear su camarilla de plutócratas favoritos. Como todas nuestras guerras civiles, comenzó con una escisión burocrática. La resuelta política plutocrática del Ministro Limantour y de su círculo íntimo, el llamado “grupo científico”, puso frente a éste una parte importante de la burocracia intelectual, la cual no perdía ocasión de desacreditar a la omnipotente camarilla y destruir su influencia. Cuando por esta pugna llegó a estar neutralizada la fuerza política del Gobierno, fué fácil al señor Madero soliviantar a las masas campesinas, que en todo el país se levantaron como un solo hombre para reivindicar la libertad que las ideas agraristas les hicieron entrever. Vino después la momentánea reacción condenada desde un principio a total fracaso, por el crimen de traición en que quiso cimentarse y, triunfante de nuevo el pueblo con el señor Carranza como Jefe, parecía que no tardaría en llegar la anhelada reforma. Pero sucedió que los intelectuales mexicanos, quizá bajo el influjo de la educación positiva iniciada por Barreda, se habían vuelto esencialmente pacíficos, y tanto “científicos” como “anticientíficos”,

se quedaron en casa a la hora de la lucha; de manera que el señor Carranza, desconfiando aún de los que más celosos reformistas se habían mostrado, por el solo hecho de no haber prestado su ayuda material a la revolución, tuvo que rodearse de personas que en general, no estaban enteradas de nuestros problemas y de unos cuantos obreros urbanos. Llegado el caso de promover la disolución de los latifundios, se tropezó con el escollo de la absoluta falta de dinero y de crédito; por lo que, el que esto escribe, Director de la Dirección Agraria de la Secretaría de Agricultura y Fomento, al darse la Constitución de 1917, propuso que, puesto que no podía el Gobierno servir de intermediario entre los terratenientes y los labriegos que hablan de colonizar los predios fraccionados, comprando los latifundios para venderlos en fracciones a los peones, hiciera que latifundistas y colonos se entendieran directamente, obligando a los primeros conforme a lo establecido en el Artículo 27 de la Constitución, a señalar la porción que de sus propiedades habían de conservar y abrir el resto a la colonización. Esta a su vez se promovería dando toda clase de franquicias y facilidades a los dueños de los terrenos y estableciendo, respecto de los colonos, el derecho del primer ocupante en lotes de cincuenta hectáreas, según los meridianos y paralelos geográficos. Los lotes serían pagados a los propietarios directamente por los ocupantes en los términos que establece el Artículo 27.

Esperábamos que, destruído de este modo el monopolio de las tierras, prontamente subirían los jornales y se establecería una corriente inmigratoria que en pocos años transformaría nuestro régimen agrario y haría muy diferente la mentalidad de nuestros labriegos. Este plan no fué aceptado por el Gobierno del señor Carranza, quizá porque se temió que fuese demasiado lento, y entonces se recurrió a una ficción, aprovechándose la institución colonial del ejido para resolver el problema. Se procedió en consecuencia a establecer toda la reforma sobre la base de la dotación de ejidos a individuos que formaban grupos habilitados como pueblos. Como los ejidos eran tierras comunales destinadas a mantener los ganados de los vecinos de los pueblos, y a proporcionar leña y materiales de construcción a los mismos

vecinos, los obreros urbanos y los socialistas marxianos que a toda costa querían orientar la revolución hacia el comunismo como los rusos, vieron en el ejido la institución más a propósito para servir de base al comunismo agrario que suponían ser una buena base para la revolución social que meditaban. Se dieron pues a discutir sobre el liberalismo individualista y el colectivismo, llegando a pretender que el malestar de los pueblos de indígenas, provenía de la disolución de los ejidos decretada por los reformadores de 1857, y desentendiéndose cada vez más de la disolución de los latifundios y de la creación de la pequeña propiedad rústica, para estancarse en la sola idea de llevar los pueblos de indios a lo que eran antes de 1857 y a una lucha sindical que no era sino la parodia del movimiento obrero que se vino elaborando durante todo el siglo XIX, en las grandes naciones industriales del viejo y del nuevo mundo y que ha culminado en el siglo XX, con el triunfo definitivo de la democracia y con las veleidades de revolución catastrófica y de comunismo que cada día pierde terreno, cuando menos por prematuras. Fué así como vino teniendo cada vez más importancia el socialismo obrero en este país en que hay tan pocos obreros; y por eso nos vemos obligados a hablar con alguna extensión de la cuestión social.

COMO LA REVOLUCION  
SE HIZO SOCIALISTA.

Es verdaderamente sorprendente que el obrerismo revolucionario, haya llegado a tener una importancia tan grande en nuestro medio político, bastante ajeno hasta estos últimos tiempos a semejantes cuestiones. Rememoremos brevemente los acontecimientos que han precedido este estado de cosas, para tratar de darnos cuenta de semejante fenómeno.

Cuando la burocracia mexicana, cansada de la larga dictadura del General Díaz, comenzó a agitarse para dar fin a aquel régimen, aprovechando el término de la vida del dictador, que se suponía cercano, a causa de su avanzada edad, muchos fueron los que pensaron que era la ocasión propicia para establecer un verdadero gobierno democrático. El mismo dictador llegó por un

momento a creerlo así, y en su famosa entrevista con el periodista norteamericano Creelman, lo expresó francamente indicando los medios de carácter político que creía debían ponerse en juego para lograrlo. Todos sabemos cómo se despertaron las ambiciones políticas con la idea de un cambio de gobierno cercano, y de qué manera la dictadura tuvo que abandonar el campo, aun antes de la muerte del dictador, bajo el peso de la opinión burocrática, cada vez más generalizada, y de los éxitos militares de los pequeños grupos guerreros que en el norte y en el Estado de Morelos, se formaron a la voz de don Francisco I. Madero y de Zapata. Desde algunos años antes venía penetrando en la conciencia pública la idea (que nosotros formulamos antes que nadie), de que nuestro defectuoso régimen político de sucesivos períodos de anarquía y dictadura, tenía su principal causa en que las dos terceras partes de la población del país formada por los campesinos, estaba sustraída de hecho a la acción política, a consecuencia de vivir sometida a la servidumbre; pues nuestro régimen agrario seguía siendo el organizado en forma feudal por los conquistadores españoles. Se deducía de allí legítimamente que una reforma agraria que substituyese ese régimen feudal de las grandes haciendas, con sus numerosas peonadas, por otro de pequeña propiedad, en que la tierra fuera cultivada directamente por sus dueños, tenía que crear una numerosa población independiente económicamente y apta y bien dispuesta para desempeñar la función encomendada al ciudadano en las democracias, que principalmente consiste en cuidar de que se cumplan las leyes y vigilar a los gobernantes para que cumplan con su deber. Por eso fué que, aunque de una manera algo confusa, la reforma agraria vino a servir de bandera a aquel movimiento y fué cada día siendo más y más una aspiración de la revolución. Esa reforma no podía ser una utopía, puesto que es por el contrario el movimiento evolutivo que se ha verificado en todos los países que han llegado a la posesión del gobierno democrático; de manera que sólo pedíamos que desapareciese nuestro retardo evolutivo, para hacer factible la aplicación de la legislación democrática que por motivos históricos nos vimos obligados a darnos prematuramente.

Durante la dictadura del General Díaz, se había formado una exigua industria manufacturera, mantenida artificialmente a fuerza de protección arancelaria, y con ella se había creado un pequeño grupo de obreros industriales, que durante la lucha del señor Madero contra la dictadura, y después durante su gobierno constitucional, permaneció indiferente y dando más bien señales de contrariarle aquel movimiento que desarreglaba las condiciones del trabajo en las ciudades; siendo los labriegos los que dieron en esta lucha, como la habían dado en todas nuestras guerras civiles anteriores, su sangre y su carne de cañón. Derrocado el señor Madero, por la traición de Victoriano Huerta, los obreros se pusieron francamente de parte del usurpador, hasta su caída, a la que siguió la época de mayor miseria y descontento de la revolución. Llegó a paralizarse, entonces, por completo, nuestra raquílica industria fabril; pero introducidos en el ambiente revolucionario, ciertos factores de odio, primero contra los hacendados del Estado de Morelos y de Chihuahua, y después, contra los comerciantes acaparadores de víveres, algunos agitadores extranjeros que se habían mezclado en el movimiento, comenzaron a procurar hacer socialismo provocando un movimiento obrero. El señor Carranza, gran terrateniente fronterizo, no quería conceder que hubiere necesidad de reforma agraria, y sostenía que lo que había que hacer, era quitar a los grandes hacendados el privilegio de pagar contribuciones irrisorias, manifestando sus riquísimas propiedades, como si se tratara de páramos sin valor alguno. Ese estado de ánimo le hizo acoger con simpatía la orientación socialista, y pronto tuvo un grupo de obreros dispuestos a llevar a la práctica su socialismo algo confuso. Creó los Establecimientos Fabriles Militares, fomentó todos los demás talleres del Gobierno, puso los Ferrocarriles Nacionales en manos de los obreros, e hizo cuanto pudo por fortalecer y mantener la nueva orientación revolucionaria, no obstante ser evidentemente errónea.

Al producirse el último conflicto armado que trajo consigo la caída del gobierno del señor Carranza, esta tendencia socialista se exageró más, y el mismo gobierno puso todo su empeño en crear una organización obrera que le sirviese de principal apoyo político, quedando así obligado a meterse cada día más en el ca-

rril socialista, sólo que ese carril no tenía nada de estrecho ni de preciso, sino que, completamente ignorantes los directores del movimiento, de los cambios operados en el movimiento socialista europeo en los últimos años, seguían creyendo que tenían que laborar en ese socialismo del siglo XIX con todas sus incongruencias y divagaciones y teniendo por norte el comunismo de Karl Marx, con su lucha de clases, su acción directa y su tierra prometida, de la dictadura del proletariado. La misma revolución rusa que en Europa sirvió para abrir los ojos a los socialistas y hacerles que delimitasen y cercasen sus campos, aquí, con el misterio de lo que no se conoce y está casi inaccesible, sirvió para fomentar y fortalecer la tendencia roja del artificioso y gubernamental movimiento socialista. Por fortuna las necesidades gubernamentales no son casi nunca revolucionarias, y de la necesidad de entablar buenas relaciones con las agrupaciones obreras norte-americanas, nació para el obrerismo mexicano la de conocer una más sana orientación y apartarse definitivamente del comunismo ruso.

México, lo mismo que Rusia, es país esencialmente agrícola y en él los obreros industriales sindicalistas no representan ni el 20% de la población. En cambio el ingreso de los directores del obrerismo en la burocracia y de buen número de burócratas al obrerismo militante, ha aportado un contingente muy visible, aunque no muy numeroso. Los esfuerzos hechos para sindicalizar a los campesinos, los mineros y los pequeños industriales, parece que no han tenido éxito, y sólo con fines netamente políticos, es como existen algunos de esos sindicatos.

En la Europa Central y Occidental y en la parte más poblada e importante de los Estados Unidos, las condiciones y la composición de la sociedad, son radicalmente diferentes. La concentración de la población y el desarrollo industrial producidos por el uso de la máquina de vapor, cuyo desarrollo ocupa todo el siglo XIX y es el fenómeno social más importante de ese siglo, han dado la preponderancia a la población obrera, que forma en aquellos países un núcleo importantísimo y notablemente más numeroso e influyente que la población agrícola. En su seno la competencia del trabajo es formidable. En esa población de muchos mi-

llones de obreros, que se ven obligados a trabajar toda su vida por un jornal siempre reducido a un mínimun, por virtud de esa competencia, y como consecuencia de la organización capitalista de la sociedad, hay siempre cuando menos un diez por ciento (que es allí una cifra muy elevada), de hombres sin trabajo y de familias que se mueren de hambre, porque no tienen más reservas que la fuerza de sus brazos, la cual necesita del diario jornal para subsistir. La competencia industrial obliga a las monstruosas fábricas a restringir su producción cuando los mercados están abarrotados de la mercancía que producen, y las obliga a buscar incesantemente nuevas máquinas, nuevas organizaciones y nuevos procedimientos que permitan economizar y reducir el costo de producción, y el resultado de todo ello es la falta de trabajo y el hambre para una elevada cifra de obreros. Los inviernos crudos y la soledad del pobre en las monstruosas urbes industriales, agravan aquellas condiciones; y los sufrimientos de la clase obrera, son, realmente, allí algo muy imponente y muy cruel que mata de hambre, de frío y de pena, de una manera sistemática y normalmente establecida una gran cantidad de seres humildes. La tuberculosis y la anemia diezman las familias obreras llevándose de preferencia a las mujeres y a los niños, y el frío y el hambre, sin trabajo, conducen a los hombres a la taberna y al presidio. En México, las condiciones del obrero industrial son muy diversas. Usando las máquinas más perfeccionadas que se fabrican en Europa y Estados Unidos para producir mercancías en un medio protegido por cuotas arancelarias prohibitivas, los industriales se enriquecen sin esfuerzo y los obreros disfrutan de jornales mínimos que son siempre cuatro o cinco veces más grandes que los jornales mínimos de sus desgraciados hermanos de los campos; los artesanos libres, cuando son algo empeñosos, pronto forman aquí pequeños capitales que les permiten entrar en la burocracia, que es de ellos de quienes recibe su contingente principal. Sin embargo, por simple espíritu de imitación y como maniobra política, una reducida porción de los gremios obreros hace mucha propaganda del sindicalismo y del socialismo obrero y hasta del comunismo ruso.

Los políticos prestan gran atención a ese movimiento y se

olvidan de las penas de nuestro verdadero proletariado, que es el rural, cuya redención podría libertar de la servidumbre en que yace, a casi la totalidad de nuestra población trabajadora, y cambiar con ello radicalmente la importancia política de nuestra Nación.

Vamos ahora a tratar de dar una idea sintética del origen y del estado actual del movimiento socialista.

Desde los tiempos más remotos ha habido movimiento de protesta contra la acumulación de riquezas por un individuo. Socialismo dieron en llamar los escritores en el siglo XIX a esa protesta exacerbada en la primera mitad de ese siglo por el estado social que produjo la utilización de la máquina de vapor en la industria, el cual tuvo como consecuencia inmediata la creación de una numerosa clase social, sin más medios de vida que el jornal que pagan las fábricas, y la creación de la grande industria que necesita de una acumulación de capitales cada vez mayor. Coincidió ese movimiento con las enseñanzas de los filósofos sobre que las sociedades humanas forman un todo sometido a leyes naturales cuyo estudio encomendaron a una nueva ciencia que llamaron Sociología. De allí, sin duda, viene esa palabra socialismo, cuyo significado ha permanecido impreciso y vago por mucho tiempo, sin más orientación que la de protesta y reivindicación de los proletarios, en contra de los abusos del capital.

#### LA EVOLUCION ECONOMICA HACIA EL CAPITALISMO.

El estado social en que actualmente se encuentra la humanidad, es obra de muchos siglos de lenta evolución. Nadie sabe los millones de años que se necesitaron para desarrollar la conciencia humana hasta el estado en que la encuentran los tiempos históricos, estado en realidad, muy poco diferente del actual. Pero los progresos de la organización social sí son perceptibles en el período histórico, con ser tan corto y en sus comienzos, tan obscuro.

La civilización greco-romana u occidental, o sea la sociedad organizada y pacífica, existe en el mundo occidental hace unos cuatro mil años, en marcha progresiva a través de un camino cu-

yo norte está en las libertades individuales de carácter político y económico. Uno de los resortes que ha movido esa gran organización en el camino del progreso, ha sido la idea de libertad, o sea el derecho de producir y adquirir individualmente las riquezas y de procurarse comodidades con ellas, y de allí ha nacido el derecho de la propiedad privada, derecho que los romanos declararon absoluto y que desde que el método positivo o científico rige la investigación de la verdad, ha perdido ese carácter para quedar como la libertad misma sujeto a la limitación de no perjudicar el derecho de los demás.

Aunque por ser la evolución social un fenómeno que viene verificándose a través del tiempo y del espacio, con arreglo, sin duda, a las leyes naturales que no por ser desconocidas serán menos rigurosas, pudiera esperarse lo contrario; desde los tiempos más remotos ha habido espíritus rebeldes que, movidos por la compasión y por ese anhelo de justicia que parece inherente al espíritu, han querido cambiar las costumbres de su época, en el sentido de obtener una mejor distribución de las riquezas, atacando las desigualdades y suprimiendo los privilegios y los abusos. En los anales de los chinos, en los libros sagrados de los católicos, en los de los indús y de los persas y en la historia de los griegos y de los romanos, se encuentran reminiscencias de semejantes pugnas y protestas.

Una revolución industrial promovida por el invento de una máquina, hacia fines del siglo XVIII, y su aplicación a la industria, vino a mediados del siglo XIX, a ser causa de la más reciente de esas protestas y de la aparición del socialismo, al producir un estado de crisis dolorosa en la clase obrera, crisis que, aunque actualmente mitigada y que quizá con otros inventos de igual carácter llegue a desaparecer por completo, no por eso detiene la marcha del movimiento socialista. Aquel estado de cosas realmente lamentable, hizo que algunos hombres se diesen a la tarea de encontrar la causa y el remedio de semejante situación, y entonces encontraron o creyeron encontrar que la causa era la propiedad individual de los elementos de producción, y el remedio, por consiguiente, lo era la supresión de ese derecho.

Ya en los tiempos más remotos hubo filósofos que, quizá mo-

vidos por crisis análogas, se dieron a imaginar lo que sería una sociedad en la que se quitase a los individuos la facultad de acumular en su propio provecho el fruto de su trabajo y se produjeran y disfrutasen las riquezas en común, por suponer que con ello desaparecerían las desigualdades sociales; todo ello sin tener para nada en cuenta el movimiento evolutivo de la sociedad y prescindiendo por completo del mundo real, para vivir sólo el de la utopía y la quimera. Como era natural, no dieron el más pequeño resultado tales pretensiones de cambiar las bases de la civilización y, por el contrario, el derecho de propiedad con la libertad de comercio y con el maquinismo industrial, se han seguido extendiendo y perfeccionando hasta llegar a la organización capitalista actual que, como lo han dicho Marx y Engels en su manifiesto comunista de 1847, *había creado más riquezas en el tiempo, relativamente corto que tenía entonces de funcionar, que todos los regímenes económicos anteriores.*

LA CRISIS INDUSTRIAL DE FINES  
DEL SIGLO XVIII Y LA APARICION  
DEL SOCIALISMO.

Mientras no pudo emplearse en la fabricación industrial más que la fuerza muscular del hombre y de los animales, y en pequeña escala, la fuerza del viento y del agua en movimiento, las máquinas, los útiles y las herramientas de que se servían los obreros, costaban poco y en gran parte eran construídas por ellos mismos. El trabajo se hacía generalmente en familia, y el jefe de ella era el dueño de esas máquinas y de esas herramientas, o sea del capital invertido en la industria. Todos los que trabajaban en una industria, estaban agrupados en gremios, con sus directores y sus reglamentos, y todos esos gremios poseían derechos e inmunidades compradas al poder público. Así subsistió y se desarrolló la industria hasta el último tercio del siglo XVIII, en que se inventó la manera de poner en manos del hombre una fuerza de potencia indefinida; la fuerza de expansión del vapor de agua, que es al mismo tiempo tan dócil que obedecería la mano de un niño. Con esa fuerza la ganancia era tanto mayor cuanto más en grande escala se la aplicaba, y como no podía trasmir-

tirse sino a corta distancia, había necesidad: 1o. de construir máquinas cada vez más grandes y costosas, y 2o. de concentrar grandes cantidades de obreros en talleres monstruosos. El trabajo industrial de familia y de pequeño taller, quedaba disuelto y, como las máquinas, edificios y equipos de la grande industria costaban mucho, no podía ya el obrero, jefe del pequeño taller de familia, suministrar el capital necesario. Comenzaron, pues, por reunirse los obreros más ricos, en pequeños grupos formando sociedades comanditarias para afrontar el capital y construir una fábrica en la que ellos seguían siendo los directores; pero creciendo sin cesar las fábricas y haciéndose cada día más científica la industria, pronto se necesitaron capitales muy grandes para equiparlas y muy grandes conocimientos para dirigirlas. Los obreros no podían suministrar ya ni el capital ni la dirección necesarias, y al mismo tiempo que se necesitaron uno o varios técnicos especialistas ampliamente remunerados para dirigir las fábricas, fué menester reunir el capital de todo el mundo, separando por completo las funciones del capital de las del trabajo. Siendo además, cada día, más grande la necesidad de aumentar los capitales, se imaginó la organización de las sociedades anónimas de responsabilidad limitada, y con ese mecanismo fué ya posible recibir el dinero de pobres y ricos, para formar con él los enormes capitales que el establecimiento de la gran industria requería. Así pues, de los gremios obreros que antes tenían en sus manos la industria, surgieron dos clases sociales nuevas, la formada por los capitalistas y directores, y la compuesta por los obreros; de las cuales los primeros tendían a vivir únicamente del provecho que sus capitales invertidos en la industria podían producirles, y la de los obreros manuales que, desprovistos por completo de capital, quedaban reducidos a vivir únicamente del jornal que les producía su trabajo.

La implantación de ese nuevo régimen se señaló en sus principios, como toda cosa nueva e imperfecta, por deficiencias que se traducían en abusos de los más fuertes, los capitalistas, contra los más débiles, los obreros. Los economistas vinieron a agravar esa situación con esas infundadas afirmaciones a que tan frecuentemente han ido arrastrados por las ficciones que forman la

base de su sistema científico, y que consisten: 1o. en suponer a la sociedad humana en un estado de quietud absoluta, sin iniciativa, sin progreso, sin nada que se reserve al porvenir; y 2o. transformar al hombre en un manequí dotado sólo de apetitos y tan desprovisto de sentimientos como de iniciativa para solucionar sus dificultades. Así pues, Adam Smith, Ricardo, Malthus, y otros, tan reputados como ellos, decían o daban a entender que cualquier mejoría que se concediese a los obreros más allá de lo debido para mantenerlos en las condiciones necesarias para la producción, se traduciría sólo en un aumento de su número, debido al aumento de la procreación para quedar después en las mismas condiciones de antes. Concordando así los consejos del egoísmo y del interés con los de la falsa ciencia, nada tiene de extraño que en la primera mitad del siglo XIX fuesen explotados los más débiles por los más fuertes, en ese régimen industrial compuesto de capitalistas y obreros. Los capitalistas, no obstante ser una minoría, eran los más fuertes en esa organización, porque tenían reservas para vivir y sólo era el excedente lo que habían de invertir en crear una industria no existente, y que por no existir, no era todavía una necesidad para nadie; mientras que los obreros, no obstante su número, representaban la parte débil porque, estando ya en el mundo con sus necesidades y sin más medio de satisfacerlas que su trabajo, que había de pagar el capitalista, dependían por completo de éste. Este podía esperar algún tiempo para invertir su capital; mientras que aquéllos no podían esperarse ni un solo día para ofrecer su trabajo. Contrastando con esta artificiosa situación, se presentaba la idea de que por razón natural los capitalistas tenían que formar siempre una insignificante minoría y los obreros una mayoría desproporcionadamente más numerosa, y por lo mismo, físicamente mucho más fuerte; por lo que si el problema hubiese sido de fuerzas físicas, habría tenido que resolverse en su favor. Desgraciadamente para los obreros, la fuerza física resultaba aquí impotente; porque el capital que nace de la prosperidad y de la confianza que inspira una situación económica, más fácilmente se destruye y desaparece cuando le amaga algún peligro. Si, pues, ambos elementos de cuyo consorcio nace la prosperidad de los

dos, hubiesen pretendido entablar una lucha física, el resultado habría que ser la destrucción de ambos.

Había, sin embargo, en lo dicho antes, dos elementos que tenían que servir de argumento para aconsejar a los obreros emprender una lucha de esa naturaleza; los abusos de los capitalistas y su debilidad física. No tardó, pues, en aconsejarse ese camino, como vamos a verlo, por el grupo de los utopistas comunistas, formado casi exclusivamente por intelectuales revolucionarios que no son ni han sido nunca obreros y que, por no tener en realidad interés legítimo en la cuestión, ni nada que arriesgar en ella, está lista para tocar a los mayores extremos.

#### LOS UTOPISTAS REVOLUCIONARIOS.

En todo el tiempo transcurrido desde la revolución industrial de fines del siglo XVIII hasta las dos revoluciones rusas de 1917, los socialistas han aceptado en su seno a toda clase de utopistas y revolucionarios, cuyo ideal fuese mejorar a las clases obreras a costa de los capitalistas. Lo impreciso del programa socialista durante la primera mitad del siglo XIX, hizo posible esa unión, no obstante que la variedad de programas de los utopistas es infinita. En efecto, los proyectos para modelar la nueva sociedad humana, se han forjado a la medida de los deseos de sus autores y por eso han sido tantos y tan variados como personas ilusas y con alguna imaginación se han ocupado de ellas. De simplificación en simplificación, los utopistas han llegado a los mayores extremos de ensoñación, pretendiendo no sólo suprimir la propiedad privada y el comercio y la moneda, sino también las fronteras, las nacionalidades, los gobiernos y hasta la familia, origen de todas las intituciones humanas. La sociedad, como era de suponerse, ha seguido su marcha progresiva dentro de la organización que sin duda por ley natural, que nos es desconocida, se ha dado ella misma, sin que las utopías hayan podido afectar en nada esa organización. La más sistemática, la más documentada y la de mayor apariencia científica de todas esas tentativas, fué la realizada por Marx en favor del comunismo, la cual logró

acaparar el título de *doctrina del socialismo*; de tal manera que durante el tiempo transcurrido desde fines del siglo XIX, hasta la guerra mundial, aun los especialistas sólo llamaban socialismo a la tendencia de implantar integralmente las doctrinas comunistas de Marx. En la actualidad, y principalmente después de la guerra mundial de 1914-1919, y de las dos revoluciones rusas de 1917, los campos se han deslindado y es ya posible definir con relativa claridad esas palabras: socialismo, comunismo y capitalismo, que desde hace algún tiempo vienen teniendo grande influencia en nuestro medio político, quizá porque hay muy pocas personas que conocen el preciso significado de tales palabras.

Llamamos, pues, socialistas a los que tratan de encontrar en el campo de la realidad, remedios a la condición anómala que atraviesan en las grandes democracias industriales modernas, las clases obreras. Estos procuran encontrar medios eficaces para mejorar la condición de los demás, habiendo aceptado hasta ahora estos medios principales: la unión de los obreros para protegerse y ayudarse mutuamente y para sostener sus demandas de mejor salario, horas convenientes de trabajo, estímulos generales como son alguna participación en las utilidades y los seguros por la inutilización, vejez, etc., la formación de agrupaciones para producir y consumir con economía los artículos de primera necesidad; la formación por cooperación y con ayuda del capital, de agrupaciones culturales, etc., así como para establecer sanciones contra el capital por la resistencia a tales demandas, como el derecho de huelga; todo ello dentro de la organización social existente y dentro de las leyes que rigen cada Estado. De un folleto publicado por mi sabio amigo el señor ingeniero don Agustín Aragón, copio las siguientes doce proposiciones que fueron sometidas al Congreso de Sociedades Obreras Inglesas, reunido en Hull, en septiembre de 1924, como Carta o Constitución de los socialistas ingleses:

- I.—Nacionalización de la tierra;
- II.—Nacionalización de los ferrocarriles;
- III.—Nacionalización de las minas y los minerales;
- IV.—Horas de trabajo, máximo legal en la semana: 44 horas;
- V.—Salario legal mínimo para cada industria u ocupación;

- VI.—Pensiones para todos los que pasen de la edad de 60 años;
- VII.—Pensiones para las madres que tengan hijos que dependen de ellas;
- VIII.—Medidas adecuadas para que no haya gente sin trabajo, con adecuado sostenimiento de los que carezcan de él;
- IX.—Establecimiento de centros de enseñanza para muchachos y muchachas, con extensión de facilidades de enseñanza para adultos en los períodos de depresión del mercado;
- X.—Medidas adecuadas para alojamiento;
- XI.—Mejoramiento de facilidades dadas por el Estado en la instrucción, desde las escuelas elementales hasta las universitarias; y
- XII.—Extensión de trabajos municipales y del Estado con la mira de promover o fomentar servicios y necesidades sociales.

Nosotros tenemos incorporada en nuestra legislación desde hace siglos la nacionalización de las minas, y desde fecha, relativamente reciente, está nacionalizada casi toda nuestra red ferroviaria. La nacionalización de la tierra podría hacerse sin oposición ni trastornos en la misma forma que está decretada la de las minas; es decir, mediante el pago de un canon que dé la completa posesión mientras se pague ese canon; y de hecho la actual contribución predial se parece mucho a aquel pago. La jornada de ocho horas está incorporada en nuestra Constitución, y las pensiones están decretadas para los empleados federales, y fácilmente se generalizará su aplicación. Fuera de la determinación del salario legal mínimo que nos parece casi imposible fijar, casi todas las proposiciones son simples anhelos filantrópicos que no es necesario titularse socialista para preconizarlos, y que tienen el mismo carácter de esas reformas que siempre ha pedido el espíritu liberal de los políticos progresistas y de ideas avanzadas. Una sola proposición agregaríamos nosotros a ese programa, y es la siguiente: Disposiciones y medidas encaminadas a evitar los despilfarros de los ricos y a desterrar el lujo, cimentando las costumbres sencillas. Amortizar sumas enormes de dinero en piedras preciosas y obras de arte que lleguen a adqui-

rir lo que los economistas llaman “precio por rareza”, nos parece defraudar a la sociedad; sobre todo ahora que la industria ha logrado imitar las joyas y reproducir las obras de arte con sorprendente perfección; por lo que fácilmente pueden pobres y ricos disfrutar el placer que producen los destellos de las joyas y la contemplación de las obras maestras del arte, sin sustraer grandes sumas de la circulación, quedando los originales de las obras de arte excepcionales, y las joyas que valen millones, para ser expuestas en los museos, como propiedad de la Nación.

El amor al lujo es una fuente de perversión en que se consume mucha energía inútilmente y se gasta mucho el espíritu de los hombres. Si el capitalismo es un régimen económico que se ha caracterizado por su enorme capacidad para producir riquezas y es el régimen ideal de los que aspiran a la vida en medio de riquezas y ostentaciones, no temiendo luchar con la miseria, el socialismo es el régimen de la vida pobre, pero libre del fantasma de la miseria. Un régimen socialista no puede proporcionar sino un mediano pasar y los que sinceramente sienten inclinación a la doctrina socialista, llevada a su más completo grado de desarrollo, deben comenzar por desechar todo deseo de lujo y emulación en el bienestar, y educar a sus hijos y sobre todo a sus hijas en el amor a la vida modesta, sin ambición de riqueza y sin orgullo ni egoísmo. Los comunistas, dando por demostrado que la organización actual es incompatible con el bienestar de la clase obrera y que los gobiernos son creación del régimen capitalista, preconizan la destrucción del orden social existente y lo que llaman la “acción directa” del proletariado contra el Estado y el Gobierno establecido, que no es otra cosa que la transgresión de todas las leyes y el empleo de la fuerza contra las autoridades y contra las fuerzas del Estado.

EL SOCIALISMO SE ORGANIZA  
EN FORMA INTERNACIONAL.

El socialismo es más un movimiento social que una doctrina económica. Le importa más tener una organización conveniente, que hacer elucubraciones metafísicas sobre lo que es causa o no es causa de la creación de la riqueza. Por eso es que desde hace

muchos años viene pretendiendo tener órganos directores de carácter internacional que, como legítimos representantes de la clase obrera de todos los países, trace el camino que debe adoptarse para lograr el fin que se propone; que, de una manera general es, el mejoramiento de la clase obrera y el cual se va gradualmente concretando en determinadas aspiraciones, como es la de que los elementos de producción se manejen con tal o cual forma y su manejo incumba más o menos a la clase obrera. Esa tendencia es la que ha motivado la reunión de asambleas que desde la Asociación Internacional de Obreros de 1864, vienen tratando de dar autoridad a la organización obrera internacional. En esas reuniones han convivido las tendencias socialistas y las comunistas, con toda su imprecisión y hasta sus divergencias, haciéndose tácitamente mutuas concesiones: los socialistas, tratando de hacer deponer a los comunistas su agresividad y éstos procurando hacer cargar a los socialistas con la responsabilidad de las utopías comunistas. En todos los congresos socialistas anteriores a la Tercera Internacional de Moscow, se declaró que la acción social debía ejercitarse dentro del más completo respeto a la ley, no obstante que desde el manifiesto comunista de 1847, era ya un dogma del comunismo la agresión violenta y la destrucción del orden social.

INTENTO DE DAR AL SOCIALISMO  
UN FUNDAMENTO ECONOMICO  
POLITICO Y UNA MISION HISTORICA,  
POR MARX.

Hasta el último tercio del siglo XIX fué el socialismo esa cosa amorfa que comprendía todas las tendencias a limitar los derechos del capital y aumentar la fuerza, el bienestar y la influencia de las clases obreras, desde las racionales y justas reclamaciones de los obreros ingleses, hasta las calenturientas divagaciones de los revolucionarios rusos e italianos, los más de ellos completamente ajenos a la clase obrera y pertenecientes más bien a los grupos de intelectuales descalificados por lo poco práctico de su preparación mental. La mayor parte de las doctrinas

que sustentaban, más tenían de movimientos políticos o de sentimentalismo, algo parecidos a los movimientos religiosos, que de investigaciones sociológicas.

Karl Marx, fué quien primero trató de justificar técnicamente las múltiples reclamaciones socialistas y de darles un fundamento científico, procurando justificarlas en lo posible, dentro de los preceptos de la Economía Política, que había llegado a alcanzar un gran prestigio; pero Marx era como casi todos los intelectuales que se han mezclado en estas luchas, más un imaginativo y un sentimental que un hombre de ciencia fríamente analítico y reflexivo. Su cuerpo de doctrinas, quedó, por lo mismo influenciado en todas sus partes por su falta de serenidad y sus conclusiones llegaron necesariamente a la construcción de una utopía. Después de crear una nueva teoría del régimen de los valores o de la creación de las riquezas ampliamente basada en simples elucubraciones de aspecto metafísico, pretendió establecer un determinismo obrero fundado en lo que se ha llamado concepción materialista de la Historia, que da a los obreros la misión de gobernar al mundo por la fuerza, para establecer como resultado final una sociedad comunista, que emplee la grande industria y que será hasta vagamente anarquista después de un período de transición en que han de desaparecer las clases sociales bajo un régimen de dictadura del proletariado. Esta construcción cuyas bases científicas no resisten al examen, según lo admiten hoy hasta los más fervientes partidarios de Marx, llegó a pasar por representar el dogma de la doctrina socialista y en los últimos años aun los especialistas afirmaban así. Su éxito se explica fácilmente. La doctrina de Marx tenía que herir vivamente la imaginación de los obreros, por tener para ello dos condiciones importantes: 1o. Estaba precedida de una exposición minuciosa y documentada de los abusos de que los obreros fueron víctimas de parte de los capitalistas en la primera mitad del siglo XIX, y 2o. Hablaba a su imaginación y a su sentimiento dándoles una misión social, fundada en elucubraciones abstrusas y fuera de su alcance intelectual, pero llena de brillantes promesas. Por eso es que, no obstante los patentes errores de observación y de doctrina en que se fundan las ideas de Karl Marx, han influen-

ciado profundamente a todas las escuelas socialistas y sólo ahora es cuando comienzan a desacreditarse y a ser repudiadas del campo socialista puro.

Fácilmente se comprende a qué extremos tendría que llegarse en esta tentativa de tratar cuestiones casi de índole moral y estrechamente relacionadas con el sentimiento, empleando los procedimientos de los economistas que han tenido que crear como objeto de su ciencia, un hombre artificial desprovisto de sentimientos y dotado sólo de apetitos. ¡Imagínense adonde se llegaría al investigar lo que es la justicia, si antes se prescinde de lo que es el amor al prójimo!

Según Eliseo Reclus, “todos entienden ahora que lo que significa el socialismo es la lucha emprendida para el advenimiento de la justicia entre los hombres” (E. Reclus.—La Tierra y el Hombre). Esa lucha no es otra que la que desde el principio del mundo vienen sosteniendo el egoísmo y el amor al prójimo y que el espíritu liberal ha mantenido al preconizar la libertad, la igualdad en las oportunidades y la supresión de los privilegios.

**SEPARACION DEL SOCIALISMO  
DE LA SENDA COMUNISTA TRAZADA  
POR MARX. SU ESTADO ACTUAL.**

Lo que vino a servir de causa determinante a la separación del socialismo y del comunismo, fué: 1o. La gran guerra mundial de 1914-1919, y 2o. Las dos revoluciones rusas de 1917.

Los utopistas-comunistas se opusieron desde el principio a la participación de sus respectivos países en la gran guerra, y en cada nación se separaron de las mayorías socialistas, las cuales apoyaban a sus respectivos gobiernos, viendo bien que no era ya cuestión de elegir entre la paz y la guerra, sino de ayudar con todas sus fuerzas al grupo social de que formaban parte, a salvarse, sumando todos sus recursos de fuerza y de resistencia. Mas tarde se definieron aún más los campos, cuando los socialistas rusos, que con un aplauso unánime del mundo entero y conducidos por Kerensky, derrocaron al Czar y destruyeron la monarquía tiránica más poderosa del mundo, fueron a su vez derrotados por

los comunistas capitaneados por Lenine. Apenas dueños estos últimos, de la situación en Rusia, convocaron a los proletariados de todo el mundo a una Tercera Internacional, que se reuniría en Moscow, y allí francamente adoptaron el credo comunista y dieron un manifiesto aun más virulento y agresivo que el de 1847, en contra de la organización social, preconizando la lucha sangrienta en todo el tiempo y en todas las circunstancias para destruir el orden social existente. El resultado fué la completa y definitiva separación del socialismo y del comunismo en todo el mundo.

Después del golpe de estado de noviembre de 1917, dado por los comunistas rusos de Lenine, en todas partes las izquierdas de los partidos socialistas aclamaban la revolución bolchevique, mientras que las derechas expresaban enérgicamente su hostilidad contra la caída de las instituciones democráticas introducidas durante el gobierno de Kerensky. Esas diferencias se acentuaron más aun, durante los años de 1918 a 1921, al pretender los bolcheviques rusos o comunistas, (como ellos mismos se llaman actualmente, con referencia definida al manifiesto comunista de 1847), dar una nueva organización intelectual al socialismo, para lo cual convocaron, como dijimos antes, la Tercera Internacional de Moscow, que apenas inaugurada, hizo un llamamiento al proletariado de todo el mundo para que se alistase en el nuevo cuerpo reformista revolucionario, cuyas ideas fundamentales eran la destrucción del régimen capitalista, por medio de una intensa prosecución de la guerra de clases, empleando la fuerza y asumiendo el proletariado la dictadura de la sociedad, durante el “período de transición” que sería necesario “para combatir los intentos de contrarrevolución; para consolidarse en el poder y para echar los cimientos de una sociedad comunista libre de toda distinción de clases”.

Así, pues, en 1921, en todos los países europeos, estaban separados y en pugna el socialismo y el comunismo, formando partidos políticos antagónicos, y con el carácter muy significativo de ser los comunistas más numerosos en los países en que no hay obreros, o sea en los países cuya industria está atrasada y no significa casi nada en la producción de la riqueza, siendo políticos y

no obreros los que manejan el pequeño grupo de proletarios industriales; y de preponderar, por el contrario, los socialistas en las naciones industriales como Inglaterra y Alemania, en que los obreros son los que hacen la política laborista y forman una considerable mayoría.

He aquí cual es el estado del socialismo en Europa en 1921, según Douglas Howard Cole (Enciclopedia Británica):

“En 1921, la posición del socialismo europeo era en extremo complicada, según se verá por esta relación del estado de sus negocios en los principales países. En Francia, los comunistas habían logrado tener mayoría en la filas del partido francés socialista, y por consiguiente, cambiaron su designación por la de Partido Comunista Francés. La minoría que rehusó aceptar el cambio de nombre y de política, reformó inmediatamente el partido socialista formando una colisión de los elementos del centro y de la derecha. En Italia, el partido socialista que se había opuesto resueltamente a la participación de Italia en la guerra, se afilió al principio, a la Internacional de Moscow; pero surgieron subsecuentes diferencias respecto de la estrategia que había de adoptarse y esto produjo una escisión en las filas del partido, que hizo que los comunistas exaltados que formaban la minoría, se separasen formando un partido comunista propio, mientras que la derecha y el centro, comprendiendo también algunos comunistas, se reuniesen formando el partido “Socialista Italiano”. En Alemania, el partido social democrático se dividió durante la guerra: una parte compuesta de la mayoría del partido, sostuvo al Gobierno alemán en la prosecución de la guerra, y votó los créditos necesarios. Con los disidentes, se formó gradualmente un partido de la minoría y finalmente los elementos opuestos a la guerra abandonaron el partido social democrático y formaron el partido independiente. Después de la revolución bolchevique en Rusia, se formaron dos pequeños partidos comunistas en Alemania. En 1920 la mayoría del partido socialista independiente, formado por la izquierda comunista, resolvió adherirse a la Internacional de Moscow, y a él se unieron otras fracciones comunistas para formar el partido “Comunista Alemán”. La derecha del partido socialista independiente, continuó viviendo con su an-

tiguo nombre; por lo que en 1921, había en Alemania tres partidos distintos: el Social Demócrata, o Mayoría Socialista, el Socialista Independiente, y el Comunista. En Inglaterra la situación era diferente; porque la acción política se había desarrollado por medio del partido laborista, la federación de **Trade Unions** o Uniones Obreras, la Sociedad de Socialistas y los cuerpos filantrópicos. De las sociedades socialistas procedía el Partido Socialista Inglés, el primer cuerpo socialista de la Gran Bretaña, que, afiliado a la Internacional de Moscow, vino a ser núcleo de un partido comunista que pretendió afiliarse al Partido Laborista, pero que fué rechazado por éste. El Partido Laborista Independiente, a la inversa del Partido Laborista en conjunto, había sido hostil a la participación de Inglaterra en la Guerra Mundial, pero, permaneciendo, sin embargo, afiliado al Partido Laborista. Así pues, no hay en la Gran Bretaña sino dos grupos capaces de acción política en este asunto; el Partido Laborista incluyendo al Partido Independiente, por una parte, y el muy pequeño, pero militante, Partido Comunista, por la otra”.

“Estos hechos entresacados de otros muchos, sirven para ilustrar el carácter general de las divisiones que han surgido en el movimiento del mundo socialista, desde las revoluciones rusas de 1917. Lo mismo que el movimiento se ha dividido dentro de las nacionalidades, una división semejante se ha operado en la organización internacional de socialismo. Antes de la guerra, la mayor parte de los partidos socialistas del mundo, estuvieron estrechamente unidos en los congresos de la Segunda Internacional de Moscow, cuya primera reunión se había verificado en 1889. Fuera del Congreso se desarrolló la Oficina Internacional Socialista, fundada en 1900. Esa Oficina fué incapaz de funcionar de una manera efectiva durante la guerra, tanto porque las comunicaciones se interrumpieron en gran escala, cuanto por las divergencias de opinión entre y en el seno de las diferentes secciones de cada país. Se hicieron varias tentativas para asegurar la unidad de acción entre los partidos socialistas nacionales; pero con motivo de la oposición de los gobiernos y de las diferencias internas, los resultados fueron pequeñísimos y la tentativa de reunir en Estocolmo en 1918, una Conferencia Internacional Socia-

lista, fracasó por completo. Los partidos socialistas de los países, tuvieron, sin embargo, algunas conferencias y se formuló una declaración sobre los fines de la guerra, que ejerció cierta influencia. Inmediatamente después de la conclusión de las hostilidades, se dieron pasos para convocar una Conferencia Socialista Internacional. Sin embargo, el cuerpo de reformas que se conoce con el nombre de "Segunda Internacional", no llegó nunca, a causa de agudas divergencias de opinión, a tener un carácter representativo y durante 1919 y 1920, se produjeron en él numerosas escisiones, hasta quedar reducido al Partido Laborista Inglés, al Partido Social Democrático Alemán, (Mayoría Socialista), y a los partidos socialistas de cierto número de países pequeños, como Suecia, Polonia, Bélgica y Holanda. Un cierto número de partidos socialistas se mantuvieron fuera, tanto de la Segunda, como de la Tercera Internacional, y estos cuerpos formaron en 1920, una Internacional Provisional, y la "Working Union", cuya tendencia era la reconstitución en una última etapa de una Socialista Internacional, ampliamente inclusiva y representativa. Este cuerpo provisional, que algunas veces se llama "Internacional de Viena", incluye el Partido Laborista Inglés Independiente, al Partido Socialista Independiente Alemán, a los Partidos Socialistas Francés y Suizo, y a otros muchos. Los socialistas italianos estuvieron en 1921 sin conexión con ninguna de las tres Internacionales".

"No cabe duda de que la división de la opinión en las filas socialistas, que se refleja en estas divisiones nacionales e internacionales, es muy profunda. Con el desarrollo de la representación parlamentaria, los partidos socialistas políticos de varios países, han ido haciéndose gradualmente más moderados y más constitucionales en sus aspiraciones. Pero la revolución de Moscú, efectuada por medio de una insurrección y por la acción directa del "Proletariado", representa una recusación de la actitud política netamente constitucional de los partidos socialistas ortodoxos. Los que ocurrieron al llamado de Moscú creen ser los verdaderos y únicos herederos de la tradición marxiana y legítimos sucesores de la Asociación Internacional de Obreros de 1864".

“Es aun imposible en 1921, preveer el resultado del conflicto entre los disidentes y los antiguos partidos socialistas; pero parece que tales divisiones que han aparecido en la existencia del socialismo, están destinadas a adquirir una considerable extensión y a subsistir aún en el caso de que no llegue a precisarse y descubrirse el preciso punto o la línea de separación”.

“En la Gran Bretaña, más que en ninguna otra parte, muchos socialistas consideran el estado político o mecanismo gubernamental, como el principal instrumento de esa regulación, y llegan a considerar como una transición al socialismo, la nacionalización o transferencia al Estado, de la empresa de todas las industrias y servicios vitales, juntamente con la extensión de la propiedad municipal relacionada con los servicios públicos de utilidad local. Esta idea sobre la forma de transición hacia el socialismo, empujaba en el vacío en la acción política con todas sus fuerzas en los noventas y principios del siglo veinte. Este período inició la formación, primero del Partido Laborista Independiente, y después, en 1900, del Comunista de Representación Laborista que se volvió más tarde el Partido Laborista. Fué también en este período en el que la Sociedad Fabián, con su propaganda de persuasión política, influenció ampliamente al Socialismo Británico y lo diferenció del marxiano en su primer desarrollo, en los ochentas. Pero de 1910 en adelante, nuevas corrientes de opinión fueron admitiendo los dogmas aceptados del socialismo, tanto en la Gran Bretaña como fuera de ella. Importante a ese respecto es la aparición del movimiento sindicalista en Francia, que llegó a su culminación en los primeros años del siglo XX, y del Partido Socialista y Laborista, y de los Trabajadores Industriales del Mundo en los Estados Unidos del Norte. Había importantes diferencias de puntos de vista entre el sindicalismo francés, derivado ampliamente de las doctrinas semi anarquistas de Proudhon y su escuela, y del unionismo industrial americano, fundado por Daniel de León contra el sistema capitalista en gran escala y “trustificado”. Tenían de común el predicar más bien el carácter económico que el político en la transición a un sistema socialista y en pretender una acción más agresiva de parte de los trabajadores en el campo industrial. En la Gran Bretaña y

en otros países europeos, estas doctrinas, aunque no completamente aceptadas, ejercían poderosa influencia, sobre todo en la Gran Bretaña, en donde nació el movimiento socialista gremial en 1912. (Guild Socialism)”.

“Aun cuando el sindicalismo, y en cierto modo el unionismo industrial repugnan directamente la acción política y exigen una exclusiva concentración en el campo industrial, los Guild socialistas no han tomado nunca esa actitud, queriendo, sin prescindir de esa acción, asegurarse una gran intensificación de la actividad industrial y un cambio particular en la actitud de los socialistas respecto del problema del control industrial. Su influencia en esta dirección, se ha extendido mucho más allá de sus propias filas, y no será mucho decir que el efecto de los diversos movimientos de carácter ampliamente industrial (Sindicalismo, Unionismo Industrial, Guild-Socialismo, etc.), ha llegado a producir una revolución en el pensamiento socialista sobre esta cuestión. No afirman ya los socialistas que la nacionalización sea necesariamente deseable, ni tampoco que la transferencia de la industria al Estado (en el caso de que se lograra por medio de una victoria política de los socialistas), suministrarían una solución adecuada del problema industrial. La mayor parte de los socialistas están conformes en desear, en mayor o menor grado, como parte integrante de cualquier sistema socialista, el control de la administración de la industria por la organización de los que trabajen en ella intelectual o materialmente”.....

“Estos cambios en la concepción de la idea socialista y en sus métodos, han dado por resultado una relación mucho más estrecha entre las ideas socialistas y las formas económicas de la organización de las clases obreras, como Uniones Obreras y Agrupaciones Cooperativas. No basándose ya las esperanzas del socialismo en su acción en la esfera política, los socialistas han tendido a desarrollar las organizaciones creadas por las clases trabajadoras mismas para la protección de sus intereses y mejorar su situación dentro del régimen capitalista. Aun cuando los primeros socialistas invitaron a las Uniones Obreras y a las Agrupaciones Cooperativas a realizar las necesidades del Socialismo y

a embarcarse en la acción política, las nuevas escuelas del socialismo están a su vez tratando de influenciar la política de las **Trade Unions** y del movimiento cooperativo en la dirección del **socialismo aplicado a la industria** (que es el desarrollo y expansión del control de la industria por las clases trabajadoras)".

"La organización del movimiento socialista en la Gran Bretaña es muchas veces desconcertante para quienes lo observan por primera vez. Hay un gran número de corporaciones con grado variable de importancia y frecuentemente con nombres que indican una estrecha semejanza de unos con otros. El Partido Laborista, que es seguramente el cuerpo político más numeroso, puede considerarse como definitivamente socialista en el sentido en que lo son la mayor parte de los partidos continentales europeos socialistas. Su conferencia anual se ha pronunciado en términos generales y repetidas veces en favor del socialismo, y su política coincide en su conjunto con la de las derechas de los partidos socialistas europeos. Su fuerza proviene al mismo tiempo de las uniones obreras (**Trade Unions**). En 1920, comprende el Partido Laborista Independiente, la Sociedad Fabián y una o dos más corporaciones socialistas pequeñas. Su organización la forman varios centenares de partidos laboristas locales, que a su vez están compuestos principalmente de ramas afiliadas a las **Trade Unions**, **Sociedades Socialistas** y **Hermandades Laboristas**. Estos partidos laboristas locales, conforme a su nueva constitución de 1918, sólo admiten miembros que individualmente aceptan los propósitos del partido. En 1920 el Partido Laborista tenía 66 representantes en la Cámara de los Comunes."

"Fuera del Partido Laborista, aunque algunas veces afiliadas a él, hay varias sociedades socialistas, de las que la más grande es el Partido Laborista Independiente, ya mencionado. Este Partido tenía en 1920, 35,000 miembros organizados en cuerpos locales en todo el país. Ha hecho entrar cinco de sus miembros a la Cámara de los Comunes y éstos actúan como miembros del Partido Laborista. Además, un considerable número de representantes electos bajo los auspicios de las Uniones Obreras afiliadas al Partido Laborista, pertenecen al Partido Laborista Independiente."

“Le sigue en importancia el Partido Comunista de la Gran Bretaña que se formó en 1920 con la fusión del Partido Socialista Británico, con cierto número de organizaciones locales comunistas. Este Partido está afiliado a la Tercera Internacional de Moscow. En 1921 ganó adherentes; sin embargo, el número total de sus miembros no excede de 10,000. De los partidos socialistas de menor importancia aun, hay que mencionar los siguientes: La Federación Social Democrática, que antes era el Partido Nacional Socialista, que es el resultado de una escisión que se produjo durante la guerra, en el Partido Socialista Británico. Una porción de ese partido encabezada por H. M. Hyndman, el veterano leader socialista y muchos de sus antiguos miembros de la primera Federación Social Democrática, se separó del Partido Socialista Británico, en son de protesta contra su actitud adversa a la guerra, formando un cuerpo separado propio. La Confederación Nacional Democrática (su nombre se ratificó en 1920), está afiliada al Partido Laborista. Es muy poco numerosa, pues sus miembros sólo son 2,000. La Sociedad Fabián, fundada en 1883-4, ha estado asociada más bien a ciertos leaders intelectuales de la derecha del socialismo británico, especialmente a Mr. y Mrs. Sidney Webb y Mr. Bernardo Shaw. Tenía cerca de 2,000 miembros en 1920, afiliados al Partido Laborista. Sus folletos y demás obras de propaganda ejercieron poderosa influencia en la formación de la opinión socialista en el período de 1889 a 1910, pero ha dejado de contársele como influencia efectiva, porque aun cuando Mr. y Mrs. Webb y otros leaders permanecen activos, han trasladado sus actividades a otros cuerpos y aun al Partido Laborista mismo.”

“El Partido Laborista Socialista es un derivado del “De-Leonite,” Partido Socialista Laborista Americano. Aumentó considerablemente en cantidad de miembros y en influencia durante la guerra, cuando sus miembros directores tomaron parte prominente en el movimiento de los administradores de tiendas y en otras Uniones de gentes de posición y en varios movimientos contra la guerra. La mayoría de sus más activos miembros, sin embargo, se pasaron al Partido Comunista en 1920; dejando de ejercer influencia. El llamado Partido Socialista de la Gran Bre-

taña, es un pequeñísimo cuerpo sin importancia, de rígidos principios marxistas, y forma en la extrema izquierda..... En el otro extremo se encuentra la tendencia representada por el comunismo y por los partidos comunistas que han surgido en la mayoría de las naciones, en los últimos años. Estos favorecen lo mismo la acción política que la industrial, pero consideran en cambio al socialismo como fuerza que debe engendrarse por la dominación del “proletariado”. Quieren la transformación de la sociedad por medio de una destrucción catastrófica de todo el orden económico y político existente y su substitución por un nuevo sistema basado en la “dictadura del proletariado”.

**DE COMO NUESTROS REVOLUCIONARIOS  
EXTREMISTAS HAN PRETENDIDO  
CONONESTAR SU SOCIALISMO ROJO CON  
EL AGRARISMO REVOLUCIONARIO DE 1910.**

A reserva de ocuparnos después más extensamente del comunismo agrario, es conveniente decir algo de él, porque ocupa un lugar importante en la política revolucionaria, por más que no tenga la menor conexión con el problema rural o agrario de México, que sirvió al principio de bandera a la revolución mexicana que está todavía por terminar.

Como la idea más generalizada de las diversas escuelas socialistas es la de que los elementos de producción de la riqueza no deben estar en manos de los particulares, sino en las de representantes de la sociedad, ya sea éste el Estado, como quieren los socialistas de Estado, o de los gremios, como pretenden los gremistas ingleses; como esta idea se expresa generalmente diciendo que los tales elementos de producción deben ser nacionalizados, y como la tierra es evidentemente el más importante de los elementos de producción, los socialistas, al pretender generalizar y formar doctrina han tenido que convertir en dogma socialista el de la nacionalización de la tierra. Ahora bien, la agitación socialista es un movimiento exclusivamente promovido por el obrero industrial, excitado y lanzado a la acción por defectos de la organización capitalista de la industria manufacturera. El abuso concomitante en la materia que es el monopolio de la tierra y la ser-

vidumbre del campesino, es un fenómeno que se manifestó muchos siglos antes que la revolución industrial producida por el maquinismo y que tuvo otras causas no científicas como las de éste, sino políticas y que entran por completo entre los abusos de la fuerza. Las revoluciones políticas del siglo XVIII dieron en general solución a este problema, suprimiendo la servidumbre rural y haciendo con ello, hasta donde era posible, ineficaz el monopolio de las tierras. No habiendo esclavos ni siervos que trabajasen las tierras para los terratenientes monopolizadores, el monopolio no pudo ya existir en una forma vejatoria de esclavitud, y tuvo a lo sumo que limitarse a la conservación de un derecho de propiedad que permitía obtener del colono o arrendatario una renta, o como sucede en los países de colonización, hacia posible acaparar una tierra para mantenerla inculta mientras se puede vender en pequeños lotes a los colonos o inmigrantes. En Francia y en otros países liberales, la solución del problema fué casi definitiva, porque todo el suelo quedó dividido en pequeñas parcelas y cultivado por pequeños propietarios. Tal solución del problema parecía completamente satisfactoria porque la pequeña propiedad rústica es democrática cuando la tierra es labrada directamente por sus dueños, puesto que, aunque proporciona a éstos una vida sana, alegre, completa y en íntimo contacto con la naturaleza, no los enriquece ni les permite erigirse en clase privilegiada, sino que los mantiene a todos en el mismo nivel social por siglos, sin más expectativa que llenar decorosamente todas sus necesidades; pero sin poder aspirar a lujos ni despilfarros.

En los países bien administrados, como los Estados Unidos del Norte, hay muchos millones de campesinos que viven mejor que la mayoría de los rentistas parisienses, y a ese tipo de organización agrícola es al que tienden todas las naciones realmente civilizadas.

Sólo unos cuantos países retardados en su evolución, como México, Rusia y otros en los que las reliquias de conquistas y dominaciones tiránicas dejaron en pie un trasunto de feudalismo, han seguido viendo a sus poblaciones rurales reducidas a la servidumbre y listas a rebelarse, no para conquistar tal o cual dogma socialista, sino para jugar un albur entre la liberación y la

muerte. Si el socialismo es una reivindicación que exigen las masas obreras industriales, el agrarismo, salvo como la vaga aspiración de poseer en propiedad un pedazo de tierra, es una cosa que está fuera de la mentalidad de los campesinos. Los grupos intelectuales y los gobiernos son los que en todas partes han promovido esa clase de reformas. En México, hemos pedido que se resuelva ese problema como un medio de ponernos en concordancia con nuestras instituciones políticas democráticas, y de armonizar con los progresos sociales y políticos de nuestros poderosos vecinos del Norte; pero no para satisfacer ninguna aspiración de la clase campesina, cuya vida por ahora es tal, que no puede ni aun formular tales aspiraciones. Los que hemos promovido la disolución de los latifundios, queremos solamente que desaparezca el peonaje como clase social y con él, nuestro deficiente régimen político de gobierno burocrático sin control, a quien nadie puede obligar a cumplir las leyes; y que la masa de diez millones de la peonada mexicana se substituya por igual número de ciudadanos que para poder ser libres y saber exigir a sus gobernantes el cumplimiento de la ley, necesitan comenzar por serlo económicamente, sabiendo que tienen un pedazo de tierra suyo y en el que han de emplear toda su energía para dar a su familia el mayor bienestar posible. La mentalidad del labriego es esencialmente diferente de la del obrero industrial: ama a su tierra más que a sus padres y a sus hijos, y no concibe poseerla más que en propiedad absoluta y eterna. La propiedad territorial comunista es un absurdo cuando se trata del solar, de la habitación y del campo labrado. Tan sólo es posible y concebible respecto del monte para sacar la leña y del prado para alimentar el ganado; pero ni existe ni ha existido nunca como institución el cultivo comunal. En México hay muchas tierras comunales; pero lo son sólo respecto del derecho de propiedad y tan sólo por deficiencias de legislación y de gobierno que han impedido, contra el más ferviente anhelo de los comuneros, hacer las particiones; pero el cultivo se hace siempre individualmente y cada colono tiene un lote bien conocido y delimitado a despecho de las trabas burocráticas. Los pueblos que han practicado el comunismo agrario, como los judíos de la antigüe-

dad y como los rusos de nuestros días, nunca han podido llevarlo más allá del sorteo periódico de lotes que han de cultivar después individualmente por cierto número de años, y estos sorteos y estas trabas para el reconocimiento definitivo de la propiedad, siempre han tendido a desaparecer y siempre han desaparecido con el tiempo, porque siempre han sido consideradas como una calamidad para el labriego.

Se dice que los que idearon substituir en México el fraccionamiento de la propiedad que ordena la Constitución de 1917, por la superchería ejidal, lo hicieron por temor de que los pequeños propietarios rurales se opongan después a la utopía comunista, como se oponen en Francia y en todos los países adelantados. Sobre que el comunismo antiliberal, antidemocrático y antipatriótico, es una utopía irrealizable aún en el campo puramente industrial, y por lo mismo no tiene ventaja alguna encaminarse a él, en materia agraria es por completo imposible, y esas mismas dotaciones de ejidos tendrán a la larga que dar nacimiento a esa clase de pequeños propietarios, consciente y tan temida por los agitadores. En Rusia misma, durarán las experiencias comunistas sólo el tiempo necesario para que esa clase campesina se desarrolle como tal clase social y después tendrán que regir las instituciones democráticas que ya había tratado de establecer Kerensky.

Refiere H. J. Wells, en su "Rusia en las Tinieblas", el empeño que puso Lenine en investigar por qué Inglaterra, país de obreros, que Marx creía que encabezaría el movimiento comunista, no secundaba la revolución hecha en Rusia, país, decimos nosotros, en que casi no hay obreros, (1) y en donde el pequeñísimo grupo de éstos que gobierna, forma una burocracia que Kautzky, (2) flagela sin piedad, y que el diputado socialista francés M. Erlich, (3) compara desventajosamente, con la burocracia imperial. Es, debemos repetirlo, que los problemas de Rusia, como los de México, son de orden inferior a los que agitan a las gran-

---

(1).—En 1921.—Un millón de obreros en una población de ciento treinta millones de habitantes. Sir Paul Vinogradoff (Enciclopedia Brit.).

(2).—Kautzki.—"La Dictadura del Proletariado".

(3).—G. Lahon.—"El Desequilibrio del Mundo".

des democracias industriales. Nosotros necesitamos llegar primero a ser una democracia y después a ser una democracia industrial para que los problemas del socialismo comiencen a afectarnos de un modo serio y su estudio pueda sernos de alguna utilidad. Por ahora no tenemos más gran problema que el de convertir a nuestros peones de hacienda en ciudadanos mexicanos económica y políticamente libres, para que el juego de las instituciones políticas democráticas que nos hemos dado, sea posible. Para eso puede bastar con la creación gradual, paciente, metódica y pacífica de la pequeña propiedad rústica.

Pospongamos a ese deber patriótico y humano la debilidad de querer sentar plaza de revolucionario avanzado y de creer que esa patente la da la filiación comunista al estilo ruso. El radicalismo debe estar siempre en relación con el medio en que se tiene que operar, y su utilidad debe consistir en mitigar la mayor cantidad de sufrimientos y no en desorganizar, no en destruir, no en causar, en suma, mayores males que los que se pretenden suprimir.

En lo que va a seguir, no pudiendo extendernos más respecto del movimiento socialista, para comparar como quisiéramos lo que ese movimiento es en Inglaterra y en Rusia, o sea lo que es realmente socialismo en un país de obreros y netamente industrial, y lo que es revolución utópica en un país atrasado, regido por una burocracia y en donde no hay obreros ni ciudadanos, examinaremos rápidamente lo que es el comunismo para poder después estudiar el capitalismo, o sea el estado al cual ha llegado libremente y por su natural evolución, el régimen económico del mundo. Estudiaremos después el ejidismo y comunismo agrario.

---